



## Capítulo 8

MARGARITA GUERRA MARTINIÈRE / RAFAEL SÁNCHEZ-CONCHA BARRIOS  
Editores

# HOMENAJE A JOSÉ ANTONIO DEL BUSTO DUTHURBURU

TOMO I



FONDO  
EDITORIAL

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

*Homenaje a José Antonio del Busto Duthurburu*

Margarita Guerra Martinière, Rafael Sánchez-Concha Barrios, editores

© Margarita Guerra Martinière, Rafael Sánchez-Concha Barrios, editores

De esta edición:

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2012

Av. Universitaria 1801, Lima 32 - Perú

Teléfono: (51 1) 626-2650

Fax: (51 1) 626-2913

[feditor@pucp.edu.pe](mailto:feditor@pucp.edu.pe)

[www.pucp.edu.pe/publicaciones](http://www.pucp.edu.pe/publicaciones)

Cuidado de la edición, diseño de cubierta y diagramación de interiores:

Fondo Editorial PUCP

Primera edición, abril de 2012

Tiraje: 1000 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente,  
sin permiso expreso de los editores

ISBN: 978-9972-42-991-0

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2012-03236

Registro de Proyecto Editorial: 31501361101865

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa

Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

## LA DESTRUCCIÓN DE LAS HUACAS DE MOCHE (1559-1900)<sup>1</sup>

*Juan Castañeda Murga*

### I. Introducción

Una de las motivaciones de la conquista española de los Andes fue sin duda el afán por la búsqueda de metales preciosos. Informados por los indígenas de Panamá que al sur de Tierra Firme había un reino donde los hombres comían y bebían en platos de oro, se organizaron expediciones de conquista. Así, sucesivamente, Blasco Núñez de Balboa y Pascual de Andagoya fracasaron en sendas empresas y finalmente la compañía de Francisco Pizarro llegó al anhelado reino que la soldadesca llamaba Perú.

El premio a los sudores y fatigas de la guerra debían ser el reparto de los tesoros hallados. Ello empezó en Coaque, aunque en cantidades nimias frente a lo que más tarde vendría (Hampe Martínez, 1989), como un hecho fundamental que marcaría el inicio del primer registro fiscal en el Perú. Tras la captura de Atahualpa, ofreció este a cambio de ser liberado un cuarto de oro y dos de plata. Por fin tenía sentido el sacrificio y de la noche a la mañana cambió la suerte de quienes pasando privaciones ahora conocerían la abundancia; luego vendría el reparto del Cusco, que sería aún mayor (Loredo, 1958, pp. 87-133). Para cumplir con las entregas de las joyas se dismantelaron los templos, así los cronistas mencionan las expediciones para ir a recoger el oro de Pachacámac y el Cusco. Pasada esa euforia no había más oro que repartir y se presionó a los nativos para que informasen acerca de nuevos lugares, sean templos o tumbas, que guardasen el preciado metal. En este afán por obtener más se vejaba a los indígenas y en algunos casos se les torturó (Titu Cusi Yupanqui, 1992). Además, esta fue una de las causas del rompimiento de la

---

<sup>1</sup> Esta investigación fue auspiciada por el Patronato de las huacas de Moche, y se realizó en la primavera de 2003. Nuestro profundo agradecimiento a su presidente, el señor Alfredo Pinillos Hoyle, y a los directores del proyecto arqueológico huaca de la Luna, doctor Santiago Uceda y licenciado Ricardo Morales, por el apoyo brindado para que esta investigación llegue a buen fin.

alianza que habían sostenido españoles y cusqueños para enfrentar a Atahualpa, lo que produce la rebelión de Manco Inca.

Acabada la guerra, se empezó a buscar metales preciosos en las entrañas de la tierra. Las noticias más tempranas sobre actividades mineras en el norte peruano refieren que el conquistador Melchor Verdugo se dedicaba a esa actividad en Chilete (Cajamarca) (Busto Duthurburu, 1982). En esta misma zona Lorenzo de Ulloa, encomendero de Huambos, tenía unas minas que vendió a Cristóbal de Barrientos<sup>2</sup>. Otro personaje del siglo XVI, Andrés Chacón, extraía plata de las minas de Colquepocro en la provincia de Huaylas<sup>3</sup>. A partir de la década de 1570 se amplió el espectro de la procedencia de la plata. Montán Gutiérrez inicia el beneficio de una mina de oro en la veta nombrada Nuestra Señora de los Remedios, ubicada en la provincia de Cajamarquilla (hoy Bolívar), jurisdicción del corregimiento de Chachapoyas. Para ello dio un poder para ejecutar el trabajo a su hermano, el padre Pedro Gutiérrez, y a Juan Álvarez, Francisco de Andrade y Alonso Rodríguez Samamez, residentes en Cajamarquilla. La mina había sido de Pedro Blas mercader que residía en Trujillo<sup>4</sup>. Pero no solamente se extraía el mineral de los socavones, sino que también se buscaba en el río Guayobamba: así, Lorenzo de Ulloa tenía 300 indios trabajando en lavaderos ocupados en buscar oro<sup>5</sup>. El mercader Juan González Cornejo incursionó en la actividad minera haciendo compañía con Pedro de Mondragón y Juan Pérez<sup>6</sup> para trabajar una mina que Mondragón tenía «a la otra banda del río de las Balsas questa entre Huamachuco y Chachapoyas en el cerro nombrado Chocop»<sup>7</sup>. Sin embargo, la actividad extractiva en el norte nunca llegaría a alcanzar los picos de producción de Potosí ni aun con la producción de Hualgayoc en el siglo XVIII.

Debido a la ausencia de grandes yacimientos naturales de metales preciosos en la costa norte, se desarrolló otro tipo de actividad que vino a constituirse en la «minería» de esa zona: la huaquería. Desde los tiempos del Formativo, la costa norte fue un importante centro metalúrgico, desde las culturas Vicús, Moche y Lambayeque hasta la Chimú. El desarrollo tecnológico alcanzado permitió que realizaran una variedad de aleaciones binarias (cobre-plata, cobre-oro) y ternarias (cobre-plata-oro), llegando con ello a dominar el dorado y plateado de superficies. Las técnicas de fabricación fueron el laminado, martillado, recopado, forjado,

<sup>2</sup> Archivo Regional de Trujillo (en adelante ART). Protocolos Notariales (en adelante PN), Pedro Álvarez Romano, leg. 1, 5-07-1543.

<sup>3</sup> ART. PN, Juan de Mata, leg. 11, f. 230r., 19-08-1570.

<sup>4</sup> ART. PN, Juan de Mata, leg. 14, f. 292r., 9-12-1573.

<sup>5</sup> ART. PN, Antonio de Vega, leg. 71, f. 2v., 13-09-1578.

<sup>6</sup> Acaso no se trataría del mismo Juan Pérez, platero, al que hemos registrado a partir de 1604. ART. Corregimiento, Causas Ordinarias, leg. 159, exp. 1602, 28-01-1604.

<sup>7</sup> ART. PN, Juan de Mata, leg. 16, f. 209r., 3-01-1583.

vaciado granulado y la unión mediante soldaduras. Para decorar los objetos, los artesanos norteños utilizaron las técnicas del repujado, cincelado, embutido, calado, recortado, pintado y satinado. Así, las manos de los artesanos norteños crearon máscaras, coronas, orejeras de largos tubos —cuyos diseños llevaban muchas veces incrustaciones de piedras finas—, narigueras, mentoneras, collares, sujetadores y alfileres, cuentas, lentejuelas. Para muestra podemos admirar los ajuares funerarios de las tumbas reales Moche (Sipán) y Lambayeque (Batán Grande).

La parafernalia de los señores de la costa norte deslumbró a los incas, quienes eran parcos y austeros en su atuendo. Es a partir de ese momento en que los incas se «doran» y copian la magnificencia de los señores de la costa norte (Zevallos Quiñones, 1994). Para ello se llevaron a los artesanos plateros a trabajar en el Cusco y otros lugares de la sierra. Las fantásticas descripciones que han dejado los cronistas de la belleza áurea del Coricancha y otros templos como Pachacámac, así como la riqueza de la corte cusqueña, no serían sino el trabajo de aquellos orfebres costeños que fueron llevados a la capital imperial. No es de sorprender entonces que los sepulcros contengan ricos ajuares. Aunque ya hay evidencias arqueológicas de huaqueos en época prehispánica<sup>8</sup>, esta actividad alcanzó caracteres gigantescos inmediatamente después de la conquista.

De esta manera, las vetas que los españoles buscaban en la costa norte fueron los templos y las ricas tumbas de los señores, ya no una mina de oro o plata natural, sino una «mina de indios»<sup>9</sup>. La huaquería fue una actividad muy lucrativa en los primeros años, y la fama de la riqueza de las huacas de la costa norte del Perú se esparció en todo el imperio español<sup>10</sup>. La noticia dada por Oviedo marcará el inicio del interés de los cronistas por esta región, pues las referencias anteriores sobre las sociedades de la costa norte son solamente para referirse a una inferioridad cultural frente a los incas (Masuda, 1966). Oviedo refiere que en Trujillo: «[...] hobo un grande templo, que había en él más de veinte mil marcos de plata enterrados debajo de las imágenes de él. Esto halló un hidalgo llamado Martín de Estete, natural de Sancto Domingo de la Calzada, del cual se hizo mención en el libro XLI, capítulo proemio; pero gozólo poco, porque murió». Tras Oviedo vienen Cieza, Zárate, Murúa, Vásquez de Espinoza, Calancha; todos ellos ponderaron la riqueza de las huacas de Trujillo. Murúa recordaba: «Abrá mas de cuarenta años que, en su comarca, se descubrieron tan ricas y soberbias huacas con entierros de oro y plata, basijas y beuederos destos metales, que no se puede contar la multitud que fue y ansi quedaron riquísimos y muy poderosos, los que labraron, y aun hoy

---

<sup>8</sup> Se ha reportado huaqueos que ocurrieron en la época Moche, en los sitios Huaca de la Luna y Huaca del Brujo (Valle de Chicama), César Gálvez Mora, comunicación personal, octubre de 2003.

<sup>9</sup> En la documentación notarial aparece como «guaca o mina de indios».

<sup>10</sup> Gonzalo Fernández de Oviedo, quien se encontraba en Santo Domingo, tuvo noticia de ello y en su crónica le dedica una extensa nota a los importantes hallazgos que realizó Martín de Estete.

se tiene noticia de otras muchas que los indios procuran encubrir a los españoles [...]» (Murúa, 2001, p. 515). Cálculos realizados por Noack tomando como base el lapso entre 1554-1570 muestran que lo extraído de las huacas rentaba un poco menos que las minas de Cajamarca y Huamachuco en la misma época (Noack, 2003). La fama de esa riqueza continuó en el siglo XVIII y fue documentada por Castro Domonte, Feijoó y Lequanda.

Investigaciones anteriores se han referido al tema de la huaquería en épocas antiguas. La primera investigación sobre el tema fue la que realizó Frank Salomon, quien estudió el saqueo de una tumba cañari en el siglo XVI y cómo el rechazo de los naturales a este acto marcó el inicio de un «incaísmo» en un territorio que tradicionalmente había sido enemigo acérrimo de los incas (Salomon, 1987). Más adelante, en 1994, Jorge Zevallos Quiñones publicó un erudito estudio sobre la huaquería en los valles de Trujillo (Zevallos Quiñones, 1994). En esta investigación Zevallos puso por primera vez sobre el tapete el asunto de la colaboración indígena en esta actividad. Susan Ramírez ha estudiado el saqueo de la huaca de Yomayogoan (Ramírez, 2002), describiendo a los indios como víctimas de la explotación española y considerando que su participación en la huaquería se hizo con repugnancia. Sin embargo, a través de los documentos notariales podemos ver que el cacique don Antonio Chayhuac fue un participante activo en esa actividad y que además los indios del común llegaron a formar sus propias compañías. Por último, tenemos la investigación de Otto Danwerth (2001) sobre el rol de los indios en la huaquería andina. A diferencia de Ramírez, este autor considera que no hubo un choque cultural sino un provecho mutuo entre españoles y andinos en la extracción de los tesoros.

En este trabajo detallaremos las actividades de huaquería realizadas en el complejo arqueológico de las huacas de Moche, haciendo énfasis en las redes sociales establecidas por los miembros de las compañías o sociedades que se dedicaron a tal fin.

## II. Las huacas de Moche a la llegada de los españoles

Cuando los españoles colonizaron el valle del Chimor encontraron un desarticulado reino Chimú. Los cusqueños habían desalojado a la nobleza chimú de sus palacios en Chan Chan e introdujeron en ellos a la plebe para que viva en los distintos ambientes y labre campos de cultivo en recintos que anteriormente habían tenido un carácter ceremonial. Parte de esa política de borrar de la memoria todo rastro ideológico propio de la zona se manifestó en el cambio de nombres de los templos y así rebautizaron las huacas de Moche como Pachacámac y «casa del sol» (*Intihuasi*), cuando el nombre original es Capuxaida. Los incas repetían así una estrategia que ya habían utilizado en la costa central al rebautizar el santuario de Ychma como

Pachacámac (Rostworoski, 1982, p. 72). Las evidencias arqueológicas Chimú halladas en la huaca de la Luna demuestran que las pirámides nunca perdieron su vigencia religiosa al colapsar la sociedad Moche. Durante la época Chimú todavía se enterraban allí los señores. La recuperación arqueológica de parte de una tumba, que ya había sido saqueada en la época colonial, corrobora la importancia que mantuvo el sitio (Uceda, 1999).

Para entender la estrategia política de los incas debemos indagar en su ideología religiosa. Hernando de Santillán refiere que el oráculo de Pachacámac tenía cuatro hijos: en Mala, Chíncha, Andahuaylas y un ídolo que acompañaba al Inca en sus viajes (Santillán, 1927[1563], p. 30). Otros centros religiosos fueron denominados «mujeres» de Pachacámac (Dávila Briceño, 1965[1881]). Pero es Santa Cruz Pachacuti quien nos dice que Pachacámac había pedido al inca Huayna Cápac a través de su oráculo que lo llevaran al pueblo de Chimo y le honrasen más que a Viracocha (Santa Cruz Pachacuti, 1993[1619]). Es así que, en una estrategia de subordinación, las divinidades quechuas reemplazaron a las nativas.

Con el colapso hidráulico ocurrido después de la conquista, muchas áreas de cultivo se abandonaron y se convirtieron en montes (bosques) y cañaverales. El área adyacente entre la huaca del Sol y el río estaba montuosa. En 1552 el cabildo decidió repartir tierras tomando como punto de referencia la pirámide antedicha. Por el acta de sesión del 1º de agosto de ese año sabemos que esas tierras no se cultivaban desde hacía más de quince años y que allí se criaban «muchos leones y otras dañosas saluajinas» (Concejo Provincial de Trujillo, 1969, p. 87). El reparto se consideró de la siguiente manera: a partir de una peña, situada al pie de la «guaca grande», hacia la sierra se repartieron lotes a quince vecinos de la ciudad de Trujillo para que las conviertan en campos de cultivo; desde la peña hacia abajo serían tierras dedicadas al pastoreo. Desafortunadamente el mal estado del documento nos impide conocer los nombres de los doce vecinos a los cuales el cabildo premió con esos lotes de tierra<sup>11</sup>.

Por su volumen la huaca debió impresionar a los españoles, el topónimo de huaca grande con el que a partir de ese momento se le empezó a denominar no es gratuito<sup>12</sup>. El carmelita Vásquez de Espinoza tuvo noticia de la fama de la huaca del Sol y nos dice sobre ella que: «en tiempo de la gentilidad de los indios fue uno de los mayores santuarios que había en aquel reino adonde de muchas partes de él venían los indios en romería y a cumplir sus votos y promesas y a mochar, y ofrecer sus dones; y así en este valle de Trujillo y en el de la población de Chimo Cápac [...]» (Vásquez de Espinoza, 1992, pp. 543-544). Vásquez de Espinoza redactó

<sup>11</sup> Solo se reconocen los nombres de seis de ellos: Francisco Luis de Alcántara, García de Briones, Francisco de Fuentes, Luis de [roto], Juan de Mata el Viejo, Pedro de Carmona.

<sup>12</sup> La mayoría de escrituras refiere el nombre a la pirámide mayor.

su obra entre 1628 y 1629, por lo que conoció este monumento bastante deteriorado, cuando había perdido parte de su volumetría original.

En el siglo XVII, pese a que ya se había destruido una buena parte de la estructura, el cronista agustino fray Antonio de la Calancha la comparó con una «obra de romanos», debido a las dimensiones que tenía anotando que «era de alto de dos quadras, y del ancho de quatro» (Calancha, 1977[1638]). Calancha al escuchar que la denominaban «Templo o Casa del Sol», asumió que se trataba de una obra de los incas. Otro contemporáneo, el cronista Reginaldo de Lizárraga, refiriéndose a la huaca del Sol menciona que «La guaca más famosa era una que estaba poco mas de media legua de la ciudad de Trujillo, de la otra banda del río, de un edificio en partes terraplano, en partes de ladrillos grandes, o por mejor decir de adobes pequeños. Este edificio era muy alto y en circuito o de box (si como marineros nos es lícito hablar) debía tener poco menos de media legua» (Lizárraga, 1987 [1595-1607], p. 81).

Lizárraga pudo notar que se trataba de una construcción hecha mucho antes de la llegada de los incas, pues nos dice: «Quién lo edificase no hay memoria, ni los indios tal oyeron decir a sus antepasados. Siempre se entendió era enterramiento y aún enterramientos de muchos señores, cuales fueron los de aquel valle de Trujillo, que se entiende eran mucho antes que los ingas» (p. 82). Pero es de destacar que el autor mencione que el templo de Pachacámac en la costa central «era poco menos que el de Trujillo», recalando así la importancia del sitio.

El cronista trujillano, Luis José de Castro Domonte, comparó la huaca del Sol con las pirámides egipcias: «Y como Chemis y los demás reyes de Egipto levantaron para su honroso sepulcro aquellas pirámides que la fama hace resonar en el sexto lugar de las maravillas del orbe; así el Chimo no solo en nombre sino en hechos asemejados construyó aquellos soberbios promontorios que hasta estos tiempos consisten con el nombre de huacas y en particular el que para urna de sus cenizas se empina cerca del pueblo de Mochi [sic]» (Durand, 1978-1980).

Es interesante notar que la majestuosidad de las huacas de Moche se halla resaltada en los textos de Calancha y Castro Domonte, comparándolas con realidades del viejo mundo: «obra de romanos», «pirámides egipcias». Ambos cronistas eran criollos, parte de ese sentimiento de amor por la «patria chica» se refleja en la exaltación de las antiguallas de gentiles, pero teniendo como referencia el Viejo Mundo, de cuya tradición los criollos se alimentaban.

### III. Las compañías de huaqueros

La explotación de las huacas requería del mismo procedimiento utilizado para explotar una mina. Al igual que cualquier empresa económica, se organizaron sociedades en las que cada uno de sus miembros aportaba los capitales necesarios,

ya sea en metálico o en hombres, así como su respectivo mantenimiento y salario mientras duraran las obras (Danwerth, 2001, pp. 95-96). La mano de obra a menudo era esclava o indígena.

La composición social de las compañías era amplia: junto a los beneméritos de la ciudad (encomenderos y sus descendientes) estaban mercaderes y artesanos, mujeres y sacerdotes diocesanos y regulares. Por último también participaron los indígenas junto a sus caciques. Fueron los beneméritos quienes empezaron con esta actividad, recordemos que Martín de Estete y Blas de Atienza ya estaban excavando en 1535 en la huaca Chomo Guamán. En 1559 doña Ana Pizarro, viuda del capitán Diego de Mora, hizo compañía con Alonso Riero, vecino de la ciudad y uno de los antiguos huaqueros («compañero de los viejos en ella»), su denuncia estaba al lado de otra benemérita, doña María de Lezcano, hija del conquistador Miguel Pérez de Villa-Franca y viuda de otro personaje no menos importante, Juan de Barbarán (Zevallos Quiñones, 1994, p. 18), quien había hecho sociedad con Diego de Rojas. Estas dos señoras eran enemigas acérrimas, pues María de Lezcano en 1548 fue víctima de una intriga en la que matones instigados por el capitán Diego de Mora (esposo de doña Ana Pizarro) invadieron su casa, dándole una cuchillada en la cara y cortándole la trenza<sup>13</sup>. Dishonra grande, pues solo se cortaba el pelo a las prostitutas. De acuerdo con Zevallos, María de Lezcano ya se encontraba laborando en 1559 en la huaca<sup>14</sup>. Consideramos entonces que el hecho de que Ana Pizarro formara una sociedad con un huaquero que tenía su denuncia justo al lado de su enemiga era parte de una rivalidad todavía latente.

Otra mujer que participó en esta actividad fue Ana de la Cruz<sup>15</sup>, viuda de Diego de Rojas, quien tenía «una parte entera en la guaca grande del río llamada Pachacámac» en la nueva compañía formada por el bachiller Pedro Ortiz, el licenciado Rodrigo Ávila, Jerónimo de Serpa y Juan de Zárate. Al momento de testar, fueron testigos sus compañeros de oficio Hernando Esteves, Luis Sánchez y Diego de Alarcón, conocidos huaqueros de antigua data en la zona<sup>16</sup>. No estaría animada con el negocio porque hizo donación de ella al licenciado Diego Hernández de Vera.

Es necesario destacar la condición de viudas de las mujeres mencionadas, lo que nos indicaría que estaban allí porque recibieron de herencia del esposo la parte correspondiente en la compañía. Distinto es el caso de Ana Martín, porque ella participaba de una compañía junto con su marido Rodrigo de Briones y vendieron

---

<sup>13</sup> Archivo General de Indias. Justicia 423, N° 2. El caso es mencionado por Jorge Zevallos Quiñones (1996a).

<sup>14</sup> Zevallos no ha puesto la signatura del expediente consultado, lo hemos buscado en el Archivo Regional de Trujillo, pero no está. Lo más probable es que forme parte de su colección particular.

<sup>15</sup> ART. PN, Juan de la Mata, leg. 7, f. 311 v., 20-07-1563.

<sup>16</sup> ART. PN, Diego Muñoz Ternero, leg. 34, f. 65, 31-01-1576.

«media parte de una parte» a Pedro Hernández<sup>17</sup>. Este personaje mantenía una estrecha relación con Hernando Esteves, apareciendo juntos como testigos en el testamento de García Hernández<sup>18</sup>. Hubo también el caso de mujeres que recibieron partes de huaca de parte de sus padres cuando ellos aún vivían, como es el caso de Salvador de Luna, quien entusiasmado por los hallazgos quiso asegurar a su nieta Isabel de Olmedo, hija del médico Julián de Olmedo, con quien tenía tratos de huaquería, y a Marina de Luna, su hija; en la misma escritura beneficiaba también a Isabel de Luna, su hija natural mestiza habida en Juana, india de Paita<sup>19</sup>. Esta actitud de Salvador despertaría los celos de su hija legítima Francisca de Luna y para evitar diferencias con ella también le hizo carta de donación de otra parte de la huaca enfatizando que «es distinta e apartada de otra parte que yo tenía»<sup>20</sup>.

Fuera del interés mercantil con que se buscaba los tesoros en las huacas, que terminaban fundidos, había objetos que cautivaban a las mujeres como las chaquiras de oro. Así aparece en las cartas de dote de Inés Sánchez<sup>21</sup> y de Elvira de Sepúlveda: esta última menciona entre los bienes «una gargantilla de diez vueltas de chaquiras»<sup>22</sup>. De la misma manera, la dote de doña Luisa Merino Ferrer manifiesta poseer «diez sartas de chaquiras de oro»<sup>23</sup>. Las chaquiras se vendían en las tiendas de mercaderes y sus compradores no necesariamente eran indígenas sino españoles. Francisco de Ojalvo, un zapatero vizcaíno, compró al fiado entre botijas de vino y vasos de vidrio «cierta chaquiras» de Antonio Carrión; asimismo, Alonso Díaz de Morales sacó de la tienda de Pedro Tinoco botijas de aceite y aceituna y «cierta chaquiras»<sup>24</sup>. Es necesario destacar el hecho de que en estas transacciones no se mencionase que fuesen de oro, lo que quiere decir que también se mercaban chaquiras de otros materiales, que podrían haber sido spondylus, hueso o piedra.

Otro sector de la sociedad que participaba en estos trabajos fueron los sacerdotes. La Iglesia tenía una posición ambigua: de un lado consideraba un sacrilegio la profanación de tumbas, mereciendo la sanción del Tercer Concilio Limense (Zevallos Quiñones, 1994, p. 11), pero de otro lado debieron ver con muy buenos ojos cómo de lo sacado se destinaba una parte al culto divino. Así, en la compañía que formaron Antonio López, Esteban de Viveros y Antonio Barreto, se estableció que de lo que se sacara, en primer lugar se diera a Nuestra Señora del Rosario y su cofradía sita en la iglesia de Santo Domingo; otra parte

<sup>17</sup> ART. PN, Juan de Mata, leg. 8, f. 232r., 23-06-1565.

<sup>18</sup> ART. PN, Juan de Mata, leg. 7, f. 239r., 02-06-1563.

<sup>19</sup> ART. PN, Juan de Mata, leg. 7, f. 503v., 19-10-1562.

<sup>20</sup> ART. PN, Juan de Mata, leg. 6, f. 505r., 19-07-1562.

<sup>21</sup> ART. PN, Juan Álvarez, leg. 1, f. 17r., 08-04-1543.

<sup>22</sup> ART. PN, Juan de Mata, leg. 6, f. 360r., 10-08-1562.

<sup>23</sup> ART. PN, Diego Muñoz Ternerero, leg. 33, f. 0-08-1563.

<sup>24</sup> ART. PN, Diego Muñoz Ternerero, leg. 34, f. 19, f. 38, 1566.

se daría a las Ánimas del Purgatorio «para que con ella se funde cofradía en la Iglesia Mayor desta cibdad y se diga las misas que alcanzare la moneda y renta»<sup>25</sup>. Una compañía formada en 1606 declaraba «que Dios fuere servido de dar de la dicha guaca una parte una parte entera para las obras pías de cofradías y ospitales e yglesias y monasterios y otras limosnas»<sup>26</sup>. Más adelante, en el contexto de las campañas de extirpación de idolatrías, la Iglesia ordenó la destrucción de los templos prehispánicos, pero ya desde el siglo XVI participaban en las compañías algunos clérigos y frailes.

En 1576 formaba parte de una nueva compañía el vicario de la ciudad, Diego Flores, junto con Luis Sánchez y los boticarios Jerónimo de Serpa y Pedro de la Cruz, quienes eran gente con experiencia en estos asuntos, pues ya venían trabajando desde 1562 en la Huaca Grande<sup>27</sup>. En 1597 el comendador de la orden de la Merced tenía una compañía junto con Antonio de Castro y el cacique de Moche don Francisco Siccha Guamán. Más adelante, en 1606, fray Diego de Angulo, de la orden de la Merced, comisario del Santo Oficio, participó junto con otros de una sociedad con Rodrigo de Meneses y Juan Fernández, para excavar «entre la guaca del sol y la guaca grande»<sup>28</sup>. Otro clérigo activo en estos menesteres fue Pedro de Córdoba, quien en 1608 viajó a Charcas a ocupar una plaza en el cabildo catedralicio de Chuquisaca, dejando abandonada su plaza en una sociedad que estaba conformada por Pedro Olmos de Ayala, Pedro Delgadillo (ambos eran beneméritos de la ciudad), Pedro de Herrera y Simón de Arroyo. Desde 1611 las obras se hallaban paralizadas, al parecer por falta de capitales, pues Córdoba escribió a Pedro Olmos, «no se trabaje ni labre mas en la dicha guaca por su cuenta». Por esa razón, en 1613 los socios restantes determinaron pasar la parte de Córdoba a Pedro de Herrera Salazar<sup>29</sup>.

Por último, una parte importante de las compañías de huaqueros eran gentes que practicaban profesiones u oficios liberales. Un buen ejemplo es la sociedad que conformó Pedro Ortiz<sup>30</sup>. Un examen de la composición de esta compañía de huaqueros nos lleva a establecer que estos grupos se conformaron por afinidades, como por ejemplo un mismo oficio. Como vemos en el cuadro, entre los veintiún socios aparecen dos médicos, un barbero y tres boticarios, grupo de lo que hoy llamaríamos profesionales de la salud. Había también tres sastres, tres mercaderes, tres vecinos encomenderos, dos carpinteros y un ensayador. No hemos podido identificar qué ocupación tenían los cinco restantes. Los hallazgos que ocurrieron

<sup>25</sup> ART. PN, Juan de Mata, leg. 26, f. 363r., 21-05-1597.

<sup>26</sup> ART. PN, Cristóbal de Morales Melgarejo, leg. 179, f. 602.

<sup>27</sup> Zevallos, Huacas y huaqueros, p. 26.

<sup>28</sup> ART. PN, Cristóbal de Morales Melgarejo, leg. 178, f. 602v., 1606.

<sup>29</sup> ART. PN, Juan Martínez de Escobar, leg. 174, f. 314v., 1613.

<sup>30</sup> ART. PN, Juan de Mata, leg. 6, f. 491, 15-10-1562.

animaron a otros a integrarse y para diciembre del mismo año la compañía había aumentado y formaban parte de ella ocho personas más.

### Compañía de Pedro Ortiz, 1562<sup>31</sup>

Socio	Oficio
Bach. Pedro Ortiz	Médico
Lic. Rodrigo de Ávila	Abogado
Francisco López	Mercader
Bach. Jorge Morales	Médico
Julián de Olmedo	Barbero
Bernardino de Soto	Boticario
Alonso González	Médico
Melchor de Morin	Mercader
Juan Pérez	Sastre
Jerónimo de Serpa	Boticario
Cristóbal Pérez	Sastre
Antonio de Prado	
Diego Hernández	Carpintero
Luis Sánchez	Ensayador
Miguel de Saucedo	
Alonso Carrasco	Encomendero
Salvador de Luna	
Juan de Zarate	Boticario
Alonso Jofre	Mercader
Juan Gallego del Águila	
Diego de Alarcón	Mercader
Simón Beltrán	
Juan Antón Delgado	
Antonio de Hernández	Carpintero
Antón Durand	Mercader
Gabriel de la Reguera	Encomendero
Diego de Rojas	
Hernando Valladares	Albañil

<sup>31</sup> La mayoría de los oficios que he identificado de los personajes de esta compañía ha sido realizado a partir de la base de datos del proyecto «La construcción de identidades étnicas y culturales en la ciudad hispanoamericana a partir del caso de la ciudad de Trujillo del Perú, 1534-1619», realizado entre febrero del 2001 y enero del 2003 y que contó con el auspicio de la Fundación Volkswagen.

Aparte del vínculo de oficio que podemos notar, existía entre ellos una relación de parentesco. Simón Beltrán era casado con Catalina Ortiz (cfr. Zevallos Quiñones, 1996a, p. 264), hija del médico Pedro Ortiz y además albacea del ensayador Luis Sánchez, otro de los socios<sup>32</sup>. El licenciado Ávila era conocido de la familia de Ortiz, pues aparece como testigo en el testamento de Bárbola Fiesco, cuñada de Pedro Ortiz<sup>33</sup>. Julián de Olmedo fue testigo junto con Luis Sánchez en una *litis* entre doña Constanza de Vega y los hijos de su marido difunto, el fundador Francisco Zamudio<sup>34</sup>. Asimismo, Diego de Rojas tenía fuertes vínculos con Diego de Alarcón y Luis Sánchez, quienes fueron albaceas de su esposa Ana de la Cruz<sup>35</sup>. Debemos manifestar que un testigo es una persona de confianza extrema, sobre todo en momentos delicados como una *litis* judicial. Esto no hace sino confirmarnos la relación estrecha entre los miembros de una compañía.

Las compañías estaban compuestas en su mayoría por españoles procedentes de todos los niveles sociales, pero también indios principales e indios del común. Aquí debemos destacar que la participación indígena en la destrucción de las huacas de Moche fue tanto costeña como serrana. Zevallos ha considerado esto como un ejemplo significativo del derrumbe de su teología, siendo en ello de vital importancia el culto a los muertos (Zevallos Quiñones, 1996a, p. 11). Esto podría llevarnos a una generalización, pero el problema es complejo. En el saqueo de la huaca de Yomayogoan hubo oposición de don Antonio Chayhuac y sus indios cuando notaron que el huaquero había identificado la tumba, pues creían que si levantaban un ídolo que formaba parte del ajuar funerario «se habrían de acabar los indios» (Ramírez, 2002), razón por la cual los indígenas atacaron a los excavadores. Un caso parecido sucedió con el saqueo de una tumba cañari ubicada cerca de la ciudad de Cuenca (Salomon, 1987), que motivó la protesta de los caciques, quienes pidieron una compensación por el saqueo. La participación indígena en las huacas de Moche, hasta donde hemos registrado, recién aparece en 1597 y participó, no por cuenta propia sino a nombre de sus indios, el cacique de Moche, don Francisco Siccha Guamán, como uno de los socios de la compañía (Zevallos Quiñones, 1996a). Esto no descarta que en compañías anteriores haya participado mano de obra indígena, pues 1562 ya existía una distribución de mitayos para huaca (Zevallos Quiñones, 1996a). En esa escritura se señaló que don Francisco debía participar con diez indios «de ordinario para la labor de la dha. huaca y guacas todo el tiempo que durare la dicha labor pagados y sustentados a su costa». El otro caso que hemos registrado sobre la participación indígena en los saqueos de las

<sup>32</sup> ART. Corregimiento, Causas ordinarias, leg. 153, exp. 178, 03-10-1579.

<sup>33</sup> ART. PN, Juan de Mata, leg. 7, f. 471r., 02-10-1563.

<sup>34</sup> Archivo General de la Nación. Real Audiencia, leg. 7, cuad. 40, 1564.

<sup>35</sup> ART. PN, Diego Muñoz Ternero, leg. 34, f. 65, 31-01-1576.

huacas de Moche fue en 1604. En este caso aparece como socio en una compañía don Agustín Carbajal, cacique de Huamachuco (Ramírez, 2002). Aquí debemos destacar la importancia para las compañías de huaqueros de contar entre sus socios a nobles indígenas, pues ello significaba acceso a mano de obra. Si bien su presencia se nota recién en la década de 1560, no sería sino treinta años más tarde cuando florecerán las compañías mixtas (indios y españoles).

La presencia de indios procedentes de Huamachuco en los saqueos de las huacas de la costa era de antigua data, pues su presencia en el valle de Moche como mano de obra para las excavaciones ya está registrada desde 1558 (Ramírez, 2002). Esta intervención en la costa en una época temprana obedeció, en primer lugar a que había una oposición de parte de los indígenas chimús a la profanación de los templos y sepulcros de sus antepasados y por lo tanto era mejor utilizar indígenas procedentes de otras zonas para tal fin. Ello explicaría por qué Antonio Zarco utilizaba indígenas de Huamachuco cuando excavaba en Yomayogoan en 1558. Junto a esta razón, la presencia del cacique de Huamachuco como socio en 1604 tendría un interés estrictamente comercial de parte del cacique y la necesidad de mano de obra de parte de los socios españoles para una obra de gran envergadura.

Pretendían los españoles llevar las aguas del río Moche hacia la huaca del Sol. Para tal fin abrieron una acequia, obra en la que trabajaron veinte indígenas. Esa fue la contribución de doña Catalina de Herrera, mujer de don Juan de Avendaño y Gamboa, encomendero de Huamachuco, y don Agustín de Carvajal, quienes habían formado una compañía con Cristóbal de Montalvo<sup>36</sup>. Al respecto Calancha, aunque errando el año, pues señala que fue en 1602, nos dice:

Estando yo allí la primera vez, continuava un vecino Montalvo, i otros coligados, el ir desmantelando la guaca, no tanto con fuerza, como con maña, valiéndose de instrumentos de agua, que subía donde hiziese efeto. Un día cayó grande lienzo de pared, i descubrió chafalonías de plata, cascabeles, i hojas de oro bajo, i entre todo una figura de oro finísimo de una quarta de la cintura arriba de talla entera, a esta forma un Obispo del medio cuerpo para arriba con su mitra, i sus chías i vestido, una dalmática todo con propiedad i viva semejanca; tenía orejas al uso de los reyes ingas.

La memoria popular ha magnificado el suceso refiriendo que se sacó al río de su cauce para tal fin. Lo cierto es que los indios tenían que «[...] sacar y limpiar una asequia grande desde el rio hasta la dha. guaca lo mas necesario y dificultoso

---

<sup>36</sup> Tanto Herrera como Montalvo tenían experiencia en labores de huaca. Catalina de Herrera aparece como socia para excavar en la huaca Tasca, ubicada en el camino a Huanchaco. Cristóbal de Montalvo había formado una compañía para excavar en una huaca junto con Juan Sánchez de Palacios. ART, a. Andrés de Obregón, leg. 42, 13-04-1595, #135, ff. 167v.-168. Esta afición a Montalvo le venía de familia, pues en 1562 Francisco Gómez de Montalvo huaqueaba en la misma pirámide en compañía de María de Lazcano y Juan Bautista Trigueros.

del dho. ministerio y labor della porque con esto se ha de echar luego el agua para desrrumballa» (Calancha, 1974-1982[1685], pp. 1093-1095).

#### IV. Las actividades en las huacas de Moche

Las excavaciones debieron haber empezado tempranamente, poco tiempo después de haber sido fundada la villa de Trujillo, pues una de las razones para haber escogido el valle de Moche como espacio de la villa, junto con las razones de seguridad frente a los incas y el tradicional centro de poder sobre el norte, fue la enorme cantidad de huacas que había en la zona. Ya hemos hablado de la volumetría impresionante que tenía el monumento, que debió despertar la codicia de todos los habitantes de la naciente villa.

En los primeros treinta años, como Zevallos ha notado, se desató una acción febril, aunque nuestro registro para la huacas de Moche solo aparece a partir de 1559. Esto no descarta que se hayan realizado labores de huaquería anteriores, pero a pesar de ello nos aventuramos a sugerir que el monte y el cañaveral que estaban entre el río y la huaca del Sol, del que hablamos líneas arriba, fue una defensa natural que evitó que se huaqueara intensamente, como sucedía en Chan Chan y el valle del Chimo (Zevallos Quiñones, 1994).

Las técnicas utilizadas fueron similares a las que se usaban en la minería, haciendo socavones o enormes pozos. En 1559 había uno al que denominaban «socavón de los murciélagos», que servía de lindero del denunciado de Alonso Riero (Zevallos Quiñones, 1994). Riero hizo su propio socavón en su área y en 1561 hizo donación de él a don Francisco de Fonseca, con la condición de recibir media parte de lo que se hallare<sup>37</sup>. Ese tipo de trabajo necesitaba de personas expertas en el diseño de los túneles. Así, Pedro Ramos, maestro de albañilería, debía estar como residente de obra en el sitio, a condición que se le diese la mitad de lo hallado. Sin embargo desistió y se retiró de la compañía<sup>38</sup>. Tal vez consideró que más seguro era el negocio inmobiliario, pues antes y después de participar en la huaquería lo vemos como un activo vendedor de solares y casas.

Hemos identificado hasta tres compañías que venían trabajando en 1562 en las huacas de Moche (dos en la Huaca Grande, la de Pedro Ortiz y la del mercader Francisco de Montalvo, y un tal Camacho en la huaca Capuxaida). En las dos pirámides se hicieron significativos hallazgos: una olla de plata «la qual tenía adentro muchas bazinitas de plata» y chaquiras de oro. En el hallazgo estuvo presente el tesorero de la Real Caja, Juan de Villafranca Lezcano, quien abusando de su cargo no declaró parte del tesoro hallado. El 31 de octubre de 1563 los miembros

---

<sup>37</sup> ART. PN, Juan López de Córdova, leg. 4, f. 156r., 24-01-1561.

<sup>38</sup> ART. PN, Juan de Mata, leg. 6, f. 568v., 25-11-1562.

de la compañía de Ortiz declararon que el tesoro hallado era de 204 pesos en oro, muñecas y juguetes. Villafranca volvió a cometer delito al apropiarse de lo entregado. En el proceso que se le siguió, los testigos declararon que Villafranca utilizó a sus criados para sacar el oro de las huacas y refieren que los vieron esconder oro en las calzas y zaragüelles.

Toribio Ruiz, quien estaba excavando con Juan de Cieza en la huaca Pachacámac en 1564<sup>39</sup>, dos años más tarde estaba huaqueando en la huaca Moyco<sup>40</sup> y en la huaca de los Algarrobos<sup>41</sup>. Aparece una nueva compañía integrada por Rodrigo de Briones y su esposa Ana Martín y aunque se desconocen los nombres del resto de la compañía, se sabe que hicieron traspaso de su parte a Pedro Hernández Sastre<sup>42</sup>. El mismo día, Julián de Olmedo y su mujer Marina de Luna, como integrantes de la compañía de Pedro Ortiz, vendieron una media parte de lo que les correspondía a Cristóbal Rodrigo Garnica. La siguiente información es en 1597, año en el que nuevamente aparecen trabajando nuevas compañías en las que participaron Antonio López, Esteban de Viveros, Antonio de Barreto, Úrsula Ocampo<sup>43</sup>, el corregidor Juan Roldán Dávila, el padre fray Hernando de Paredes, comendador de la Merced, y don Francisco Siccha Huamán<sup>44</sup>.

Como mencionamos anteriormente, a principios del siglo XVII los huaqueros sacaron una acequia del río a fin de hacer más efectivo su trabajo. Es a partir de este hecho que tenemos la primera referencia para pinturas murales en la huaca del Sol, nos dice Calancha «Descubriose un lienço entero de pared, i en el pintado con pincel burdo, i colores bastardos». Desde su perspectiva occidental, creyó ver «muchos ombres armados a caballos con sombreros, espadas de rodajas, lancas de ristre en las manos, i figuras barbadas en el rostro» (Calancha, 1974-1982[1685], p. 1094). Es probable que Calancha observara alguna escena de guerreros y animales míticos a los que identificó como caballos.

En 1606 iniciaban sus trabajos, «entre la guaca del sol y la guaca grande»<sup>45</sup>, Rodrigo de Meneses, Juan Fernández, fray Diego de Angulo, Diego de Arze y Gabriel de Toro. Nos preguntamos si la frase citada nos estaría indicando trabajos en la planicie que existe entre las dos pirámides. Nuestra suposición se confirma cuando al año siguiente otra compañía, conformada por Diego Rodríguez Pestaño y Juan de Rojas, excavaba «en una guaca entre la guaca grande y la del Sol»<sup>46</sup>.

<sup>39</sup> ART. PN, Juan López de Córdova, leg. 5, f. 145v., 13-02-1564.

<sup>40</sup> ART. PN, Juan de Mata, leg. 9, f. 327r., 14-06-1566.

<sup>41</sup> ART. PN, Juan de Mata, leg. 9, f. 366r., 8-07-1566.

<sup>42</sup> ART. PN, Juan de Mata, leg. 8, f. 312r., 23-06-1565.

<sup>43</sup> ART. PN, Juan de Mata, leg. 26, f. 363, 21-05-1597.

<sup>44</sup> ART. PN, Juan de Mata, leg. 26, f. 443r., 4-07-1597.

<sup>45</sup> ART. PN, Cristóbal de Morales, leg. 179, f. 602, 1606.

<sup>46</sup> ART. PN, Cristóbal de Morales, leg. 180, f. 722, 26-08-1607.

En 1629 una compañía formada por Antón Laguna, Alejo Martínez, Jerónimo de Fuentes, Juan de Oropesa y el capitán Juan Barba obtuvo licencia para excavar en la «guaca del sol»<sup>47</sup>.

Al impulso de la Ilustración, la huaquería tuvo como promotor al obispo Martínez Compañón. No sabemos si excavó en la zona, pero parte de la cerámica dibujada en el volumen 9 de su colección de acuarelas pertenece a formas moche. Con su equipo de dibujantes levantó un plano de la huaca del Sol en la que se pueden notar estructuras bajo la denominación de «huaca arruinada» que ya no existen que y en la leyenda del plano están señaladas con los números 6 y 9<sup>48</sup>. Se trata del primer plano que se levantó de esta estructura y puede notarse el daño ocasionado por la acequia que se sacó en 1604.

El 22 de octubre de 1816 el guayaquileño avecindado en Trujillo don Miguel Concha y Mansubillaga y don Miguel Venegas solicitaron licencia para excavar en la Huaca de Toledo y en la Huaca Grande del pueblo de Moche, proponiendo entregar a la corona el 30% de los metales preciosos que ahí se hallaren. Su petición fue atendida por la Real Hacienda, nombrándoseles un veedor<sup>49</sup>. Se desconoce si tuvieron éxito.

Por el momento la última noticia que se tiene de una compañía de huaqueros trabajando en las huacas de Moche es de octubre de 1862, cuando Adolfo Marri tenía una sociedad «para realizar excavaciones en las huacas y cementerios antiguos que inician en las huacas el Sol, la Luna y aledañas. Las piezas de oro y plata, así como los tejidos y momias fueron vendidas en el extranjero» (Costa Villavicencio, 1960-1969).

El nacimiento de la etnología como ciencia en el siglo XIX y el desarrollo del coleccionismo de lo exótico motivaron a los museos y coleccionistas privados europeos y americanos a enviar misiones científicas o encargar la obtención de cultura material antigua para sus fondos. Uno de los grandes coleccionistas del siglo XIX en el Perú fue el trujillano José Dávila Condemarin [1799-1882], quien en su residencia en Lima había organizado un museo privado donde recibía la visita de personas interesadas en las antiguallas. Estamos seguros de que esa afición nació en su tierra natal. La huaquería en esta época estuvo entonces al servicio de los coleccionistas. Una de las personas dedicadas a ese oficio fue el coronel La Rosa, «no era arqueólogo ni anticuario y le importaba poco las reliquias que obtenía en sus excavaciones, salvo en sentido mercantil» (Squier, 1974[1874], p. 62).

---

<sup>47</sup> ART. PN, Andrés de Obregón, leg. 56, f. 290v., 23-09-07.

<sup>48</sup> «Plano que demuestra los planos de un edificio de adobe nombrado el Castillo del tiempo de los Reyes sito a una legua de distancia de la ciudad de Trujillo del Perú a la parte del Leste [...] escala 50 varas». Truxillillo del Perú en el siglo XVIII, vol. IX, edición facsimilar, f. 7.

<sup>49</sup> ART. Real Hacienda, Pedimentos, leg. 146, exp. 788, 22-10-1816.

En 1863 el diplomático americano George Ephrain Squier visitó el norte peruano. No realizó excavaciones en la zona pero sí levantó un plano. Le llamaron la atención los enormes boquetes y túneles que habían quedado de la «época de oro» de la huaquería y que despertaban la imaginación de los trujillanos. Dejemos al autor que nos diga sus impresiones:

Se dice que en la estructura existen pasajes y cámaras cuyas entradas son conocidas solamente por los indios, que las mantienen cuidadosamente escondidas bajo masas de desechos. Es creencia popular que uno de estos pasajes desciende desde la obra en la cuesta del cerro que ya he descrito y se extiende debajo de la tierra hasta el santuario mismo de la pirámide, la bóveda que contiene el cuerpo del más poderoso de los principales del Chimú y donde, tal vez, yace escondido el *peje grande* (Squier, 1974, pp. 70-71).

Quedaba todavía en la memoria colectiva el fastuoso hallazgo del tesoro de la huaca de Toledo al que el pueblo bautizó como «peje chico», y un supuesto tapado más fabuloso aún que quedaba todavía escondido fue denominado «peje grande»<sup>50</sup>.

Animado por semejantes historias, Squier penetró en uno de esos túneles y se decepcionó:

Nosotros no encontramos ni pasajes ni cámaras, pero sí un socavón o bocamina, excavado a flor del suelo natural, desde el lado este de la gran mole, bajo el centro de la pirámide con terrazas. Lo habían abierto los buscadores de tesoros y los escombros de la excavación formaban un verdadero altozano en la boca del pasaje hasta su extremo. Era fétido y resbaladizo con el excremento de murciélagos, que volaban zumbando alrededor de nosotros cuando los perturbábamos apagando nuestras luces, como si fueran los guardianes de los tesoros de los reyes del Chimú (Squier, 1974, p. 71).

En abril de 1866 llegó a Trujillo el periodista Marcel Monnier, quien desembarcó en el puerto de Salaverry. Desde el barco debió notar la silueta de la huaca del Sol, porque dice que servía de referencia a los navíos:

[...], la *huaca del sol*, cuya alta silueta se destaca con fuerza sobre las suaves ondulaciones de la llanura, se halla a más de dos leguas hacia el sureste. Se la ve desde muy lejos. Su perfil geométrico y su aislamiento hacen de esta montaña artificial, de ciento veinte metros de altura, y de trescientos de longitud por sesenta de anchura en su base, un punto de referencia fácilmente reconocible para los marinos. Este mausoleo, de cerca de un cuarto de legua en contorno, se encuentra perforado por la multitud de galerías a las que se ingresa rampando, y que están llenas de osamentas (Monnier, 1999, p. 272).

---

<sup>50</sup> Esta leyenda fue recogida por el célebre tradicionista don Ricardo Palma, quien la publicó por primera vez en 1873 en *La Revista de Lima* (cfr. Díaz Falconí, 2001).

Monnier se conmovió con la destrucción de los sitios arqueológicos pero no tuvo reparos en participar durante tres días en excavaciones de saqueo en los alrededores de Trujillo. Tuvo conocimiento de la formación de «una sociedad de amigos del país para buscar los tesoros escondidos por los antiguos señores del territorio» y escuchó además que esas esperanzas se basaban en un famoso antecedente, la leyenda del peje chico.

Finalmente, entre setiembre y diciembre de 1899 Max Uhle realizó excavaciones en las huacas de Moche y en Cerro Blanco (Masson, 1999). Como otros arqueólogos de su época, Uhle utilizó huaqueros en sus trabajos, algunos de los cuales eran de la zona y otros habían trabajado anteriormente con él en Pachacámac. Según su propio testimonio, vertido en las libretas, tuvo problemas con uno de esos huaqueros porque quería trabajar por su cuenta (Kaulicke, 2003). Las excavaciones fueron financiadas por la millonaria norteamericana Phoebe Hearst quien planeaba fundar un museo en la Universidad de California en Berkeley. Las piezas recuperadas salieron hacia los Estados Unidos.

La depredación de las huacas de Moche continuó a lo largo del siglo XX. Afortunadamente, en 1991 se iniciaron los trabajos de investigación y puesta en valor del proyecto arqueológico huaca de La Luna, labor que ha permitido recuperar el monumento.

## Documentos

### *Archivo General de Indias*

Justicia 423, N. 2

### *Archivo General de la Nación*

Real Audiencia, leg. 7, Cuaderno 40, 1564

### *Archivo Regional de Trujillo (ART)*

Protocolos Notariales

Pedro Álvarez Romano, legajo 1

Juan López de Córdova, legajos 4, 5

Juan de Mata legajo, legajos 7, 8, 9, 11, 14, 16, 26

Diego Muñoz Ternero, legajos, 33, 34

Andrés de Obregón, leg. 42, 56

Antonio de Vega, legajo, 76

Juan Martínez de Escobar, legajo 174

Cristóbal de Morales Melgarejo, legajos 178, 179, 180

*Corregimiento*

Causas Ordinarias:

legajo. 153, exp. 178, 03-10-1579

legajo. 159, exp. 1602, 28-01-1604

*Real Hacienda*

Pedimentos, legajo. 146, exp. 788, 22-10-1816.

## Bibliografía

- Busto Duthurburu, José Antonio del (1982). *La hueste perulera*. Lima: Fondo Editorial de la PUCP.
- Calancha, Antonio de la (1974-1982 [1685]). *Crónica moralizadora del orden de San Agustín*. 6 vols. Transcripción, estudio crítico, notas bibliográficas e índices de Ignacio Prado Pastor. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Concejo Provincial de Trujillo (1969). *Actas del Cabildo de Trujillo, vol. 1, 1549-1560*. Trujillo: Concejo Provincial de Trujillo.
- Costa Villavicencio, Lázaro (s.f.). *Historia cronológica del Perú 1850-1878*. 12 tomos. Lima: Universo.
- Danwerth, Otto (2001). El papel indígena en la huaquería andina (siglos XVI y XVII). En *Muchas hispanoamérica. Antropología, historia y enfoques culturales en los estudios latinoamericanos*, Iberoamerica-Veuvert, pp. 87-104.
- Dávila Briceno, Diego (1965 [1881]). Descripción y relación de la provincia de los Yauyos, Anan Yauyos y Lorin Yauyos. En Marcos Jiménez de la Espada (ed.), *Relaciones geográficas de Indias*. Madrid: Atlas.
- Díaz Falconí, Julio (2001). Cronología de las Tradiciones Peruanas. *Revista de la Casa Museo Ricardo Palma*, año 2, N° 2, julio 2001, pp. 29-68.
- Durand, José (1978-80). Trujillo del Perú en el siglo XVII: una historia olvidada. *Revista del Museo Nacional*, tomo 47, Lima.
- Hampe Martínez, Teodoro (1989). El reparto de metales, joyas e indios en Coaque: un episodio fundamental en la expedición de conquista del Perú. En *Quinto Centenario*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid, vol. 15, pp. 77-94.
- Kaulicke, Peter (2003). Friedrich Max Uhle y los estudios sobre el Perú antiguo. En *Biblioteca de Hombres del Perú*. Lima: Fondo Editorial de la PUCP.
- Lizárraga, Reginaldo de (1987 [1595-1607]). Descripción del Perú, Tucumán, Río de la Plata y Chile. *Historia* 16.

- Lohmann Villena, Guillermo (1969). *Actas del Cabildo de Trujillo*, vol. 1, 1549 -1560. Trujillo: Consejo Provincial de Trujillo
- Loredo, Rafael (1958). *Los repartos*. Lima: D. Miranda.
- Martínez de Compañón, Baltazar Jaime (1978-1994). *Truxillillo del Perú en el siglo XVIII. Dibujos y acuarelas que mandó hacer el Obispo D. Baltazar Martínez Compañón*. Edición facsimilar. Volumen IX. Madrid: Cultura Hispánica.
- Masson, Peter (1999). Max Uhle (1856-1944): Arqueología e historia del área andina como obra vitalicia. En Wolfgang W. Wuster (ed.), *Planos de sitios arqueológicos en el área andina*. Berlín: Ibero-Amerikanisches Institut Preussischer Kulturbesitz/ Bonn: Kommission für Allgemeine und Vergleichende Archäologie des Deutschen Archäologischen Instituts.
- Masuda, Shozo (1966). The peculiarity of the north coast of Peru as reflected in the first chronicler's. En *XXXVI Congreso Internacional de Americanistas. Actas y memorias*. Sevilla, pp. 203- 209.
- Monnier, Marcel (1998 [1890]). Trujillo, las ruinas de Chimú. En Edgardo Rivera Martínez (comp.), *Antología de Trujillo*. Lima: Fundación M. J. Bustamante de la Fuente, pp. 269-273.
- Murúa, Martín de O.M. (2001). *Historia general del Perú. Origen y descendencia de los incas*. Madrid: Dastín Historia.
- Noack, Karoline (2003). La diferencia cultural y el discurso de la etnicidad en Trujillo de la época colonial. Ponencia presentada en el Coloquio Internacional *De la construcción de identidades étnicas y culturales en la época colonial al discurso nacional en América Latina contemporánea*. Trujillo: Universidad Privada Antenor Orrego.
- Ramírez, Susan (2002). El saqueo de una huaca en la costa norte peruana. En *El mundo al revés: contactos y conflictos transculturales en el Perú del siglo XVI*. Lima: Fondo Editorial de la PUCP, pp. 231-284.
- Rostworowski de Diez Canseco, María (1989). Breve ensayo sobre el señorío de Ychma. En *Costa peruana prehispánica*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, pp. 71-78.
- Salomon, Frank (1987). Ancestors, Grave Robbers, and the Possible Antecedents of Cañari «Inca-ism». En Frank Salomon y Harald O. Skar (eds.), *Natives and Neighbors in Indigenous South America*. Gotemburgo: Universidad de Gotemburgo, pp. 207-232.
- Santa Cruz Pachacuti Llamqui Salcamaygua, Joan de (1993[1619]). *Relación de antigüedades deste reino del Piru*. Estudio etnohistórico y lingüístico de Pierre Duviols y César Itier. Edición facsimilar y transcripción paleográfica del Códice de Madrid. Lima: Institut Français d'Études Andines - Cusco: Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de las Casas.

- Santillán, Hernando de (1927 [1563]). *Relación del origen, descendencia, política de los incas*. Lima: Colección Urteaga-Romero. Segunda Serie.
- Squier, George Ephrain (1974 [1874]). *Un viaje por tierras incaicas. Crónica de una expedición arqueológica (1863-1865)*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Titu Cusi Yupanqui (1992). *Instrucción al licenciado Lope García de Castro*. Lima: Fondo Editorial de la PUCP.
- Uceda Castillo, Santiago (1999). Esculturas en miniatura y una maqueta en madera: El culto a los muertos y a los ancestros en la época Chimú. En *Beitrage zur allgemeinen und vergleichenden archäologie*. Mainz: Band 19, pp. 259-311.
- Vásquez de Espinoza, Antonio (1992). Compendio y descripción de las Indias Occidentales. *Historia* 16.
- Zevallos Quiñones, Jorge (1994). *Huacas y huaqueros en Trujillo durante el virreinato (1535-1835)*. Trujillo: Editora Normas Legales.
- Zevallos Quiñones, Jorge (1996a). *Los fundadores y primeros pobladores de Trujillo*. 2 vols. Trujillo: Publicaciones de la Fundación Alfredo Pinillos Goicochea.
- Zevallos Quiñones, Jorge (1996b). Oro Chimú Oro Inca. En *Chimú*. Colección de arte y tesoros del Perú. Lima: Banco de Crédito del Perú.